

UN EXTRANJERO EN LA SELVA

JONAH A. FREEDMAN

Estudiante del Programa de Intercambio Universidades ICESI - New Orleans.

Una de las razones más fuertes que tuve para elegir a Colombia para mi año de estudio afuera fue la cantidad de oportunidades para viajar, inclusive viajar a la selva. No es que no haya naturaleza en los Estados Unidos. Hay bosque a la lata. Pero lo que no tenemos es jungla con micos, anacondas, indígenas y todo lo que lleva la selva. Siempre había visto los programas educativos mostrando cómo viven los animales y cómo sobreviven los indios en ella. Y siempre ha sido un sueño mío llegar allá y aprender cómo es para mí mismo. Para un extranjero es muy exótico y animado una cosa que cualquier persona de EE.UU. no puede hacer. En mi país no tengo ni un solo amigo que conozca la selva y a todos les gustaría ir. Me siento muy afortunado por tener la oportunidad y estoy muy celoso de ustedes, colombianos, que pueden visitarla cuando quieran. Si yo estuviera viviendo aquí, lo haría todas las vacaciones. Entonces, aquí está mi historia de alcanzar mi sueño. Ojalá que la disfruten.

El cinco de diciembre me fui en avión, solo, sin programa, para Leticia. Hay mucha gente que piensa que soy loco

por hacer eso, pero realmente no tenía otra oportunidad. Se necesitaban dos personas para entrar en el programa y eso originalmente era lo que yo quería. Pero lo que sucedió fue mejor que lo que cualquier programa organizado pudo haber sido.

La primera persona que conocí fue un hombre suizo de sesenta años de edad en el aeropuerto de Bogotá. El me pareció buena gente, pero también un poco loco. Hace diez años que él vive en el Congo, Africa, donde produce aceite de la palma africana y siembra yuca. El cree que toda la nutrición que nuestros cuerpos necesitan son aquellos dos ingredientes. Dice que algunas tribus de Africa no comen más que eso. Por esto yo le digo que es loco; no puedo vivir sin mis frijoles. Ahora él quiere cambiar selvas para sembrar palmas africanas en la de Perú y volverse un millonario. ¡Mucha suerte, pues!

Hablamos (él ya había ido a Leticia muchas veces) y me dijo que fuera al Zoológico de Leticia primero. Me mostró unas fotos donde los animales están sueltos, incluyendo micos, osos hormigueros, jabalíes...etc. Me pareció bien

chévere y por curiosidad de tener un mico en mi espalda, yo fui. Quise que él me acompañara porque también ya nos habíamos hecho muy amigos. Lamentablemente, él tenía una reunión por cuestión de negocios y me tocó ir solo.

Lo que sucedió después probablemente fue una de las coincidencias más "bacanas" y raras en mi vida. Estaba yo cerca a un tanque donde supuestamente había un manatí, el cual es una mezcla entre un delfín y un elefante. Bueno, yo no vi a ningún manatí en ese tanque; por eso pregunté a la primera persona que vi, cómo hacer para que venga el elefante que nada. La persona era una mujer bien bajita y delgadita, muy bonita y sola. Ella me dijo que moviera las yerbas que flotaban; así lo hice, e inmediatamente llegó el animal. Pudimos tocarlo y alimentarlo. La piel era muy suave, pero con una textura parecida al caucho. Ahora mi interés era más con la mujer que con el manatí. Lilita se llamaba. Empezamos a hablar y creo que la conversación duró tres horas. Aprendí tantas cosas de ella, como que es de Bogotá, que acabó de llegar a Leticia como yo, y además que se escapó de su esposo y que él la está buscando.

Pero lo más importante de toda la conversación fue que ella me invitó a quedarme en la casa donde habitaba. Los dueños estaban en Cuba por unos meses y estaba sola, y de pronto quería "un amigo" para pasar el tiempo. Me encantó esa idea.

En la noche nos reunimos con Stig (el suizo) y dos amigos de él de Finlandia: Yuha y Marc. Fuimos a tomar guarapo, una bebida hecha de piña, agua y azúcar, y dejada bajo la tierra por un mes para fermentar. No pude creer que cada vaso de guarapo costaba sólo doscientos pesos (veinte centavos de dólar). Después de tomar tres, me sentí un poco prendido. Después cinco y estuve muy feliz.

Nos acostamos más o menos temprano, porque al día siguiente queríamos recorrer diecisiete kilómetros en bicicleta para llegar a una reservación de indígenas huitotos. La casa apenas tenía una cama con dos colchones. No había más sábanas para mí y me tocó usar mi buzo como cobertor. Gracias a Dios había llevado mi propia almohada, porque tampoco había más. Pero no fue problema, porque no tuve que pagar un hotel. Se lo juro que soy de buenas... muy de buenas.

Salimos a las siete de la mañana en las bicicletas prestadas para visitar a los huitotos. Después de una media hora, nos dimos cuenta de que el perro de la casa, *Ramón*, nos estaba persiguiendo. Pobre perrito, tenía que correr los 34 kilómetros en un día. Bueno, es culpa de él. Unas horas pasaron y llegamos a la reservación. Habíamos oído de un hombre que se llamaba Jitoma, el jefe del grupo. Cuando llegamos a su casa, estaba descansando en una hamaca y la esposa estaba cocinando una carne, creo que pescado. Al principio él no quiso hablar con nosotros, porque le parecíamos extranjeros y él había tenido problemas con "diablos como nosotros" por pedir "mambe", una medicina hecha con la coca. El dice que es un hombre que vive por, de y con la naturaleza. No entiende por qué necesitamos electricidad para vivir, por qué botamos basura dañina a la tierra y por qué parece que no nos importara que se termine el mundo. Creo que después de una media hora le caímos bien y empezaba a relajarse con nosotros. Primero estuvimos hablando del medio ambiente. El está muy enojado con Colombia por no mandarlo a Río de Janeiro para la conferencia del Medio Ambiente. Nos dijo que tenía un plan listo para presentar. También hablamos de religión, como que él sí cree en una fuerza mayor como un gran espíritu. No sabe cómo se llama; no cree

en Jesús ni en religiones preestablecidas. En fin, al cabo de tres horas, nos explicó todo el pasado, presente y futuro de su tribu.

Después de la siesta, él se fue a recoger yuca y piña. Entonces empezamos a hablar con la esposa. Tal vez es una costumbre de respeto o yo no sé qué, pero ella casi no hablaba cuando él estuvo presente. Al contrario, cuando él no estuvo, ella hablaba como si mañana jamás fuera a venir. Nos contó todos los chismes de la reservación y no podía creer la cantidad, como que algún hijo mató al papá, a Fulana no le gusta Sutana; otra no puede tener hijos y hartos más. Cuando ella me preguntó cuántos hermanos tengo yo, se quedó aterrada cuando le conté que apenas tengo uno. "¿Cómo así que tus padres pueden ser tan irresponsables?", exclamó ella. "¡He dado a la luz catorce veces con sólo cinco hijos muertos", nos explicó. Para los indígenas hay que tener al menos diez embarazos. Algún número menor y la persona se ve muy mal educada. Ella no entendía que es muy difícil y costoso tener tantos hijos en una sociedad como la de nosotros.

En los días siguientes pasamos muy agradable conociendo sitios de Leticia y sus alrededores. Varias veces montamos en bicicleta hasta Tabatinga, la ciudad del lado de Brasil. Uno inmediatamente sabe cuándo está allá, porque aunque no haya una frontera oficial con policía y ejército, la diferencia entre Colombia y Brasil en esta frontera es notoria. Leticia es bonito y limpio; en cambio los edificios de Tabatinga se están cayendo, las calles son como montañas y todas las señales son en un idioma más aburrido que se llama portugués. A mí me gustaría aprender el portugués, pero en realidad me pareció como el español pero con acento campesino o mal hablado. De todas maneras, las únicas cosas buenas en Tabatinga eran la co-

mida y la rumba. De hecho, la cerveza más popular en todo el Amazonas (bueno, todo el Amazonas que yo conocí), se llama "Antártica", hecha en Brasil.

También conocí un grupo de europeos (como diez), con quienes salimos todas las noches. La cosa más popular para hacer en Leticia es la misma que la gente hace aquí en Cali: bailar salsa y merengue. Hay gente aquí en Cali que no cree que hay discotecas en Leticia, creen que todos son indios desnudos y que uno tiene que volar con vacas, pollitos y cerditos en una avioneta para llegar allá. Nada de eso es verdad. En los fines de semanas todo el mundo está rumbeando en las discotecas y las calles con aguardiente y cerveza hasta la madrugada. Todos los indios que viven alrededor de Leticia (no hay indígenas en Leticia) usan ropa del mundo civilizado. Si uno quiere ver indígenas bien tradicionales y desnudos, hay que viajar en lancha durante cinco días dentro de la selva. Sin embargo, cuídese pues hay muchos que comen gente. En otras palabras, son canibales.

Toda la semana que estuve en Leticia paseando con Lilita quería encontrar un grupo para ir a la selva, al menos or cuatro días; pero la verdad, no me esforcé mucho en buscarlo. Un día, no obstante, caminando por la calle, vi a dos personas que parecían "gringos" y por eso me les presenté. Realmente eran de Quebec, hablaban en francés, ya tenían un programa para entrar en la selva y, gracias al Señor, me invitaron a acompañarlos. Me dieron la dirección de un indígena ticuna, el hombre quien sería el guía, con el cual negociaríamos el precio. Hablamos y negociamos y al fin llegamos a un acuerdo de 50.000 pesos por día (50 dólares diarios). Este precio le puede parecer a uno costoso, pero fue lo mejor que había oído en toda la semana. Incluía toda la comida, hamaca con red de mosquitos, botas de

caucho, transportación y un guía para explicar todo. Y para no perder más tiempo, decidimos rápidamente salir al día siguiente.

Efectivamente, salimos a las ocho de la mañana, los dos de Quebec, un hombre de Bélgica, el ticuna, un motorista y yo, en la lanchita. Anduvimos durante seis horas hasta que llegamos a un campo en el corazón de Perú, al lado del río Yavarí. Después de bajar las cosas y colgar las hamacas, fuimos a pescar. Pero no estábamos pescando pescado común y corriente sino piraña. Nunca había pescado una piraña, ni siquiera había visto una piraña. Y fue muy chévere porque había que pescar con un pedazo de carne cruda del tamaño de un dedo. En una hora yo cogí cuatro; pero me dio pena porque sé que perdí más carne que lo que gané en piraña. Y, en la misma hora, el motorista cogió treinta. No lo pude creer. La cena, con razón, fue de piraña; y yo, como buen vegetariano, no sé mucho de los sabores de carne, pero la piraña no sabía a nada, con una textura de caucho.

En la noche fuimos a cazar (con cámaras) caimán, el cual es un reptil como el cocodrilo. Este animal es muy fácil de encontrar y capturar en la noche. Apenas brilla una luz aparece por todos los lados del agua. Cuando vea dos luces rojas son los ojos, y no deje que la luz pierda los ojos. Esto permite que el caimán no pueda ver y uno puede acercarse lentamente en una lancha para sacarlo del agua con la mano. En serio; hicimos eso dos veces. El primer caimán era chiquitico, pero el segundo era muy grande y se necesitaban dos personas para controlarlo.

Al día siguiente nos levantamos después de una dormida malísima, porque las hamacas eran pequeñitas y había un gallo al que quise ahorcar por el ruido de su canto a las cinco de la mañana. Ibamos a caminar bien adentro de

la selva en este día, y por eso teníamos que alistarnos, inclusive echarnos un aceite natural por todo el cuerpo, que sabía horrible, llevar camisa de manga larga y pantalón y además un repelente normal. No he dicho nada todavía de los zancudos, pero en la noche son muy cansones. Apenas llega uno tiene que meterse en la hamaca con la red. Parece que hubiera más zancudos que oxígeno, y por eso me estuve rascando las nalgas durante tres semanas después.

Entramos en la selva caminando y nuestro ticuna gritó como si fuera un mico (mono) para que vinieran ellos. El tenía su cerbatana para matar a cualquier animal que viéramos. En la selva hay un dicho entre la gente que vive en ella: "Si se puede mover, se puede comer". Ellos comen de todo en la selva, hasta los gusanos. Al regresar a Leticia, conocí a unos ingleses que me contaron que habían tenido que comer gusanos en la selva para sobrevivir. Entre otras cosas, el tour de ellos fue más barato, pero incluyó sólo un guía. Lo mío suena mucho más agradable.

Entonces, mientras caminábamos, el guía nos explicó muchos detalles de la selva. Este árbol cura malaria, éste es para no tener hijos, éste es para tenerlos..., etc. Ellos tienen un árbol o una cura para todo. Uno de los canadienses sufría de asma y el ticuna le dijo que tomara tres cucharadas diarias de grasa de caimán en forma líquida durante quince días. Después, se supone que se acaba la enfermedad. Pensando en mi familia, le pregunté qué debería tomar mi abuela para su artritis. Me dijo que un trago de tequila mezclado con el azúcar de un árbol especial. ¡Le dije que estaba loco! ¡Claro, mi abuela no va a sentir su artritis si está borracha! Pues tengo que darle al guía felicitaciones por la grasa del caimán porque, en el caso del canadiense, estaba mejorando después de un día.

Uno de los árboles que encontramos fue de caucho e increíblemente en diez minutos hicimos caucho. El también nos enseñó cómo hacer una pelota de caucho para jugar fútbol, la cual hacían cuando era más pequeños. También vimos aves bien hermosas que el ticuna quería matar con la cerbatana. Gracias a Dios, él falló todas las veces e inclusive cuando vimos un ratón. Luego nos contó que su gente es más experta para pescar que para cazar. ¡Se notaba! Todavía no habíamos visto micos (una razón muy fuerte por la cual fui a la selva), pero apenas entramos en la lancha, aparecieron. Con cerbatana en una mano y machete en la otra, nuestro ticuna estaba listo para matar. Nos metimos en la tierra otra vez para perseguirlos, para que yo pudiera sacar una foto y para que él pudiera cenar. Sin embargo, los micos eran más avispados y nunca dejaron que nos acercáramos.

Llegamos al campo otra vez y me di cuenta que los niños estaban bañándose en el río. ¡Qué rico!, pensé. Yo también quería hacer eso, especialmente para quitarme ese aceite. Con champú y jabón en mano me fui, pero al instante me dijeron los ticunas que eran mejor no bañarse con jabón ni champú porque el olor atraería a los zancudos. Bueno, por lo menos quería meterme en el agua para limpiarme el sudor. Pero cuando entré, los canadienses empezaron a gritar que algo estaba picándolos. Nos dijeron los ticunas que había pirañas en esta agua, pero no nos morderían al menos que estuviéramos sangrando; y que uno se puede bañar con las pirañas, pero nunca con la anaconda. A pesar de todo, pensé que los canadienses estaban bromeando. Luego me empezaron a picar a mí. Decidí inmediatamente dejar el agua a los peces. Nos salimos del agua y jamás volvimos a meternos otra vez en el agua del Amazo-

nas. En fin, mi ticuna me dijo que había sido una sardina que me había picado por molestarme, pero no me importaba. Prefiero quedarme cochino que arriesgar la vida.

En los siguientes cuatro días conocimos muchas tribus del Amazonas, pero no me pareció que hubiera muchas diferencias entre ellas. Todas sembraban yuca para hacer de ella y vender una comida llamada fariña, la cual es yuca rallada y cocinada y parece a una granola. También es muy rica con frijoles. Otros grupos sembraban mangos o piña, o hacían canoas, lo cual tiene un proceso fascinante. Primero hay que hallar un árbol bien adentro de la selva para cortarlo. Lo más adentro que se pueda es mejor, porque la tierra es más fértil allá que afuera y un nuevo árbol puede volver a crecer. Del árbol entero hacen la canoa directamente quitándole poco a poco los pedazos que sobran. El proceso dura dos semanas, y luego a los indios les toca remarla hasta Leticia durante dos días para luego venderla. Aunque nos parezca algo muy harto, ellos lo hacen alegremente. Como un tonto, pregunté a un jefe por qué él necesitaba dinero si la selva les daba todo. El me respondió: "Para comprar las cosas que no sabemos hacer, para tener libros que nuestros hijos puedan aprender y para curar las enfermedades que no podemos curar".

Fue ahí cuando me di cuenta de que aunque esta gente vive dos días lejos de la civilización, son muy dependientes de la cultura occidental. No tienen electricidad, no tienen agua mecánica y tienen que cazar para comer. Sin embargo, no creo que que puedan sobrevivir sin las herramientas, maneras y conocimientos del mundo occidental. Uno de los ejemplos más fuertes de esto fue la cantidad de cruces que vi colgadas de sus cuellos, las malocas (o chozas) donde rezan enfrente de una esta-

tua de Jesús, y el amor y lealtad que tienen por su misionero salvador.

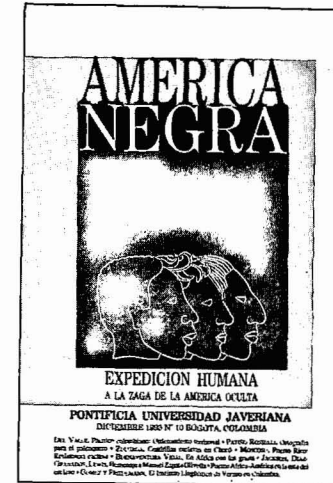
Parece que nuestra cultura tiene su pie en todas las puertas. Un indígena me predicó durante cuatro horas sobre el por qué yo debería convertirme al catolicismo. No podía creer que fui a la selva para escapar de las formas de ser y de pensar de la civilización y allí estaban. Luego pedí a mi tucuna que me llevara a los bien indígenas que no hubieran visto un blanco como yo. Fue ahí que me dijo que quedaban a muchos días en lancha de allá y son los que comen gente. Bueno, desde ese momento quedé contento con mis indígenas más civilizados.

La última noche dormimos en Brasil, en una casa muy parecida a la de Jitoma. Una familia de diez personas dormía en un solo cuarto. El jefe tenía la hamaca, los demás tenían el suelo y nosotros teníamos el balcón con nuestras hamacas. En Brasil la selva es muy diferente que en Perú. Hay menos agua (y por consiguiente hay menos zancudos), los árboles son más altos, allí es donde vi más fauna, y los indios no hablan en español sino en portugués. La noche era mucho más rica y como no había zancudos podía conversar con los indios hasta muy tarde. Como le dije, no hay muchas diferencias entre ellos sino

que cada región se distingue de las otras por detalles en su forma de comportarse, en la forma de cocinar, de hacer las fiestas, etc. Al día siguiente caminamos en la selva durante unas cuatro horas; y yo, con toda la ropa de la selva que un extranjero debería tener, no podía creer que los indígenas caminaban descalzos y sin camisa. Toda la flora y fauna en la selva tienen espinas y pican; y algunas tienen ponzoña. Allí vi papagayos, tortugas, un tigrillo, un búho, una jaiba, un tucán y hormigas que tenían el tamaño de un dedo y que lo pueden matar a uno con su veneno.

La mañana siguiente echamos todo a la lancha y salimos de la selva. Paramos una vez más en una comunidad de tucunas por el lado del río Amazonas para hacer unas compras de artesanías, pero se habían ido todos a hacer ventas en Manaos (ocho días de allí por barco). De todas maneras, estuve muy contento con mi viaje. Me hubiera gustado quedarme mucho más tiempo con una sola tribu para aprender exactamente cómo sobrevivir en la selva. Sin embargo, para un "gringo" que llegó a la selva sin plan, creo que me fue muy bien. A cualquier persona que tenga el mismo sueño o que esté interesada en hacer un viaje así, le aconsejaría: "Hágalo sin vacilar, le prometo que no tendrá remordimientos".

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS



EXPEDICION HUMANA

América Negra A la Zaga de la América Oculta

Pontificia Universidad Javeriana
ISSN: 0121-5914
17 x 24 cm. 268 págs.

Cinco años de América Negra

Más de diez años de trabajo de la *Expedición Humana*, cerca de cuarenta viajes de trabajo de campo, visitas a un número igual de asentamientos humanos de diversos orígenes étnicos en Colombia, se podrían resumir en una sola frase: "La Expedición Humana ha sido un camino de encuentros con nuestra propia historia, encuentros de cultu-

ras, encuentros de la universidad con la realidad del país que la rodea, encuentros de valores, encuentros de ideas y encuentros de seres humanos que, desde distintas órbitas, soñamos en un país tolerante, que entienda y aprecie la diversidad humana, factor esencial si queremos llegar un día a convivir con nuestros congéneres en razonable armonía".

Y *América Negra* ha sido también producto de esos encuentros de la Expedición Humana; un encuentro académico inesperado que en estos últimos cinco años ha sembrado raíces hondas, abriendo un espacio de estudio y entendimiento a la historia, cultura y problemática de las comunidades de origen africano en Colombia y el continente. El trabajo de Nina de Friedemann en estos cinco años ha sido perseverante, minucioso, delicado, inteligente. Lo he seguido muy de cerca y puedo decir, sin temor a equivocarme, que lo que Nina ha hecho sólo ha sido posible por su envidiable vocación a su trabajo, por su permanente capacidad de sorprenderse y por el afecto que siente, y transmite, por las gentes que escribieron con valor y dolor la página esclava de la historia del Nuevo Mundo.

Cinco años de *América Negra* son unos pocos en esa larga historia. Pero creo que son demostración genuina del deseo de conocernos y entendernos,